



PUERTO DE
NAVACERRADA.

salpican el paisaje. Pasamos por Cerceda, y al llegar a Manzanares el Real, decidimos, puesto que en otro viaje visitamos ya el castillo, adentrarnos en La Pedriza, el más «puro desnudo geológico» de nuestra Sierra, siguiendo el camino del río hasta la ermita de La Peña Sacra, asentada en «una lancha granítica de 70 metros de altura», desde la que se contempla un maravilloso espectáculo.

EL VITUPERADO MANZANARES

A pocos kilómetros de Colmenar Viejo se halla el puerto del Grajal, que es una grata sorpresa para el viajero. Entre un des-

filadero estrecho y escarpado discurren las aguas canalizadas de nuestro vituperado Manzanares —el «enano» y «miserio» río, objeto de un sinfín de diatribas—, cuyas aguas, a pesar de sátiras y coplillas, tan generosamente cumplen con Madrid, al que da no sólo el líquido de sus venas para saciar la sed de la capital, sino también frescor de verde vega y de húmedo baño entre olores de verbenas.

Y antes de entrar en la carretera general, Hoyo de Manzanares, en un terreno peñascoso, algo hondo —de aquí su nombre de hoyo—, cuajado de encinas. Y Torrelodones, uno de los pueblos veraniegos de la Sierra más bonitos. Vemos su hermosa tierra árida, dura y fuerte, iluminada por la luz

crepuscular, y su campo adquiere ese matiz, entre gris y plata, que inmortalizó Velázquez en sus cuadros.

Madrid nos saluda mucho antes de llegar al casco urbano. Y gentilmente nos invita a descansar —¡qué bien sienta ahora la fresca sangría!—, en cualquiera de los bares y restaurantes de la carretera de La Coruña. Hacemos alto en La Pérgola. Luego, otra vez el Manzanares, nuestra gran playa madrileña, por obra y gracia de Educación y Descanso. Afortunadamente, ya no es sátira, sino bella realidad, lo que decía Lope de Vega en estos versos suyos:

«Que no son álamos todo
lo que en el agua se ve.»

El buen camino = Caraquiz, en donde vivieron Isidro y Toribia = Coctelera fluviar = Donde el contraste se acentúa = Tipos raciales = Paisaje limpio, sin adobo.

Delicias campestres = Galicia en Madrid = Vía de penetración.

La cuestión está planteada en términos bien sencillos: ¿Deseamos emplear el sábado y el domingo, esos días felices que condensan las esperanzas acumuladas durante la semana, en recorrer un largo itinerario (cerca de 220 kilómetros), en el que, seguramente, no hallaremos otra cosa artística que la obra creada por la Naturaleza? O, por el contrario, ¿utilizamos nuestra actividad turística en repasar lecciones paisajistas hartamente sabidas? Sinceramente creemos que no cabe la indecisión ni la incertidumbre; que no es preciso recurrir a un coro de eminentes doctores para emitir un juicio concreto y acertado sobre la materia, ya que no hay nada, como afirmó alguien de muy buen juicio, que no merezca ser visto por lo menos una vez. Y que cuantas más cosas se ven luego, al contemplar otras, uno se admira menos, lo que contribuye, como es natural, a que todos seamos un poquito menos paletos —¿acaso no somos bastante rústicos?—, dicha sea esta palabra en sentido peyorativo, aunque sin ánimo de molestar.

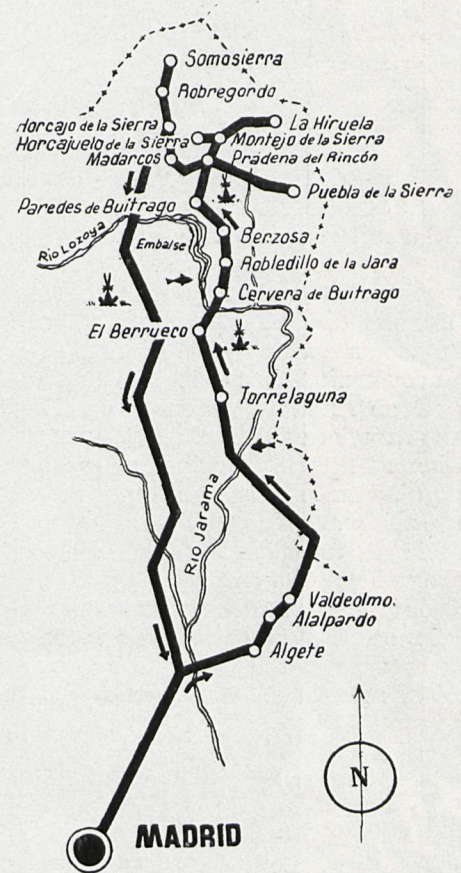
Viene toda esta retahíla a cuento de la ruta de hoy, ejemplo de contrastes acentuados y espejo de humildad. El contraste lo hallamos al pasar del páramo a la Sierra agreste y de ésta al monte umbroso, para retornar después de nuevo al terreno raso y desabrigado. Y así una y otra vez. En cambio, no encontraremos diferencias notables en el ambiente sencillo y recatado que la caracteriza. Una ruta, por tanto, que se presenta ante nuestros ojos con las dos grandes ventajas que acompaña siempre a tal virtud. Su humildad aumentará las bellezas que posea —precisamente por no hacer alar-

de de ellas— y decrecerá o disminuirá las fealdades que pueda tener.

EL BUEN CAMINO

Por la carretera de Francia llegamos al kilómetro 23. A la derecha está la vía que ha de conducirnos a Algete, un pueblo cuyo templo parroquial ofrece la particularidad de estar agregado desde 1771 a San Juan de Letrán de Roma, por bula de Pío VI. Es un lugar de sotos y alamedas —la carretera también está hermosamente arbolada—, por el que revolotean bandadas de urracas, ese pájaro de plumaje blanco y negro que tanto abunda en el agro español. El cereal se amontona en el campo hecho haces. Vamos en dirección de Alalpardo y Valdeolmos, dos pueblecitos con nombres que definen el paisaje. Tierra parda y valle de olmos. A la izquierda, y tras extensa paramera, la Sierra, que, en su lejanía, nos ofrece el aspecto de estar hecha de cartón. La cigüeña se anida en las torres de las iglesias, y el horizonte es diáfano, inacabable. Sólo de vez en cuando, en la inmensa sábana de la tierra, surge el verde ramaje de los árboles.

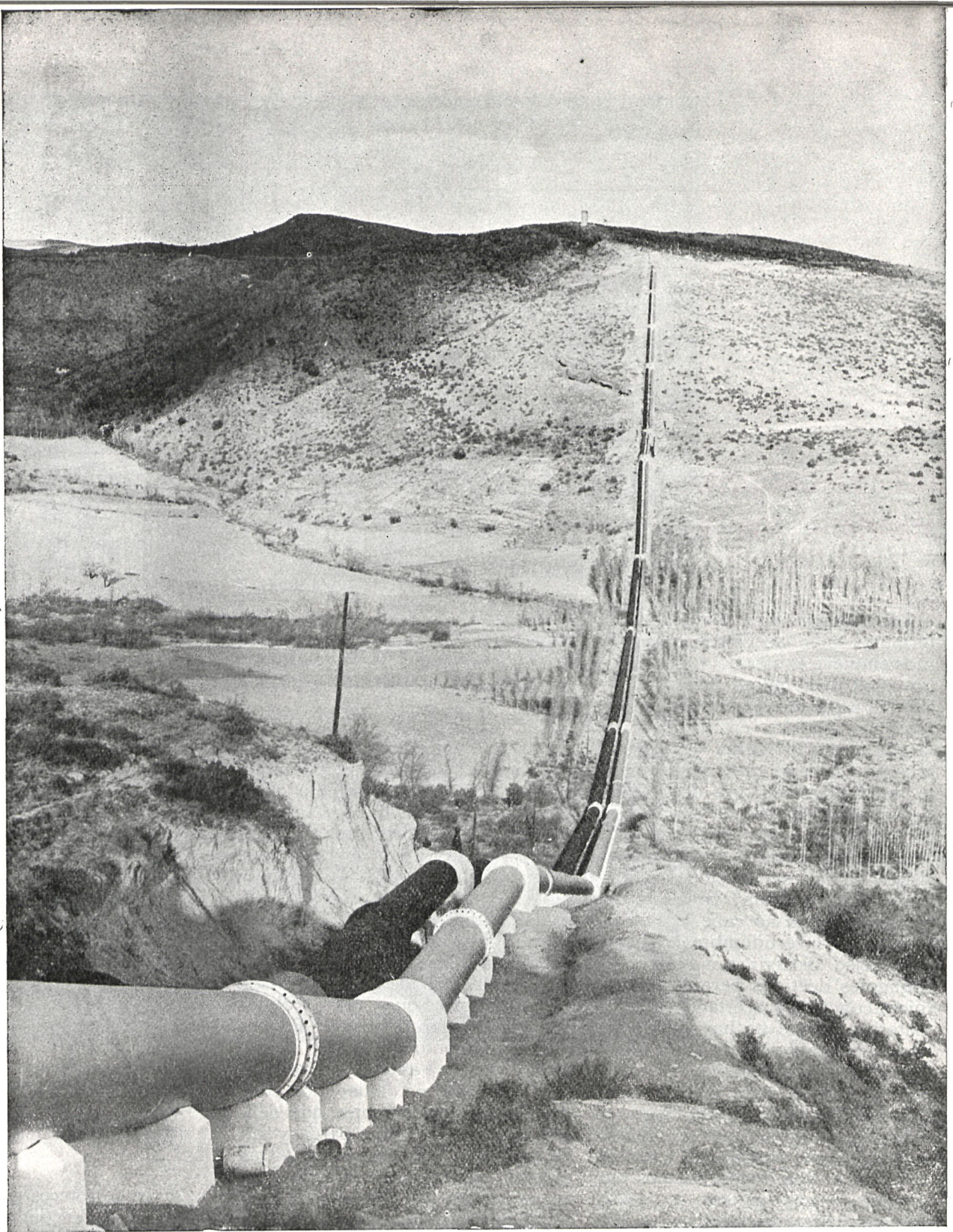
Entramos en demarcación caracense. Y al pisar, por corto espacio, la tierra limítrofe de Guadalupe, la topografía castellana, recia y recta, se acentúa con un paisaje sin sombra, libre de obstáculos. Más allá de El Casar de Talamanca, en el centro de una colina, las ruinas de un templo de amplias proporciones. Entre sus muros y piedras se divisa un magnífico calvario: Jesús en la Cruz entre los dos ladrones. ¡Qué bella estampa y cuán aleccionadora resulta! Hito piadoso que nos seña-



la, entre derroteros terrestres, donde hemos de encontrar el verdadero camino.

CARAQUIZ, EN DONDE VIVIERON ISIDRO Y TORIBIA

El curso medio del Jarama —de corriente suave y tranquila— baña la comarca y la dota de apacible verdor. Cerca está Caraquiz, donde vivió nuestro Patrón, el labriego Santo, y su mujer, Santa María de la Cabeza, la que se vió obligada, para demostrar su inocencia, a vadear, a la vista de su esposo, Isidro, nada menos que el crecido Jarama, sobre leve prenda extendida en las enfurecidas aguas, destruyendo con este acto prodigioso la calumnia vertida contra la honestidad de la Santa. Hecho milagroso que se desarrolló



con la misma simplicidad que lo relatan (todas las cosas meritorias son sencillas) unas viejas aleluyas que exponen en toscos versos la más completa hagiografía del Patrón de Madrid. «Zela —San Isidro a su esposa y la «alla»— pasando el río sobre mantilla.»

COCTELERA FLUVIAL

Antes de entrar en Torrelaguna vemos la línea quebrada y blanquecina que forman, entre los riscos y la maleza de los cerros de las Calerizas, las instalaciones del gran complejo que abastece de agua a Madrid. Cuando salimos de esta Villa, casi metida en la pro-

vincia de Guadalajara, cuyas duras tierras tantas veces cultivaron Isidro y Toribia, divisamos una pequeña balsa —conocida con el nombre de «coctelera»—, donde se mezclan las aguas del Lozoya y el Jarama. Dos ríos unidos en estrecha hermandad de servicio a la gran ciudad madrileña tan necesitada de la colaboración que le presta para su mejor desenvolvimiento nuestra provincia.

DONDE EL CONTRASTE SE ACENTUA

Camino de El Berrueco, conviene hacer parada para contemplar, desde cualquiera de los maravillo-

El sifón de San Vicente, base fundamental en el sistema— de 54 kilómetros de longitud— para el abastecimiento de agua a la capital.

sos miradores que forman la carretera, un extenso valle embellecido por las aguas, nunca suficientemente ponderadas, del río Lozoya, refrescador cotidiano, es cierto, como dijo Pérez Galdós, de nuestras calles y paseos, pero también pintor que alegra nuestro campo, con bellas y bucólicas pinceladas.

De súbito, sin que el ánimo esté preparado para cambio tan brusco, el paisaje se transforma (he aquí de los contrastes a que hacía-

mos referencia al comienzo de esta crónica) en extraordinario conjunto de barrancos pronunciados que se adornan por una diminuta flora de jaras —la flor blanca— y de tomillares que embalsaman el aire. Llegamos a El Berrueco, pueblo importante de esta región de lugares humildes. La edificación de sus casas, a pesar de esta primacía, se levanta sin argamasa ni cemento —construcción que veremos repetida en casi todos los poblados de la comarca—, produciendo la sensación de que se sostiene por arte de magia, la ciencia oculta hacedora de las más extrañas y admirables cosas. Luego, por carretera de Montejo de la Sierra —nombre que sugestión, anunciador de breñas y riscos—, entramos de lleno en el terreno montuoso. En el kilómetro 2, debajo de un puente que salva el río Lozoya, encontramos un rincón propicio para el pescador y el bañista. Decidimos refrescar, y el agua chapotea, risueña y cantarina, bañando nuestros cuerpos calientes.

TIPOS RACIALES

La carretera bordea constantemente la montaña en una curva continuada. Llegamos a Cervera de Buitrago y luego a Robledillo de la Jara, dos poblados pintorescos donde la vida se desarrolla con penosa dificultad, sin otros alicientes que los propios del hogar y los que proporcionan las bendiciones del campo. En ellos aún perduran, así como en otros pueblos de esta región, esos tipos humanos de características raciales destacadísimas, serranos cien por cien —cuerpo enjuto, rostro curtido por todos los vientos, mirada penetrante e inteligente, palabra corta y juicio recto—, que poco a poco, con el constante movimiento migratorio del campo a la ciudad, van desapareciendo.

PAISAJE LIMPIO, SIN ADOBOS

Si miramos a un lado y a otro de la carretera contemplamos un paisaje limpio, primitivo y sin adobos que modifiquen a la Naturaleza, que nos va calando, entrando en nuestro ser, como el chirimirí del Norte, es decir, sin darnos cuenta, suavemente, con esa suavidad de las cosas que no necesitan de polémicas ni de otras batallas para convencer. Y tras la montaña, el barranco o la cima inominada, un pueblo, más bien un pueblecito. Paredes de Buitrago, Serrada de la Fuente, Berzosa (lugar cantado y glosado por don

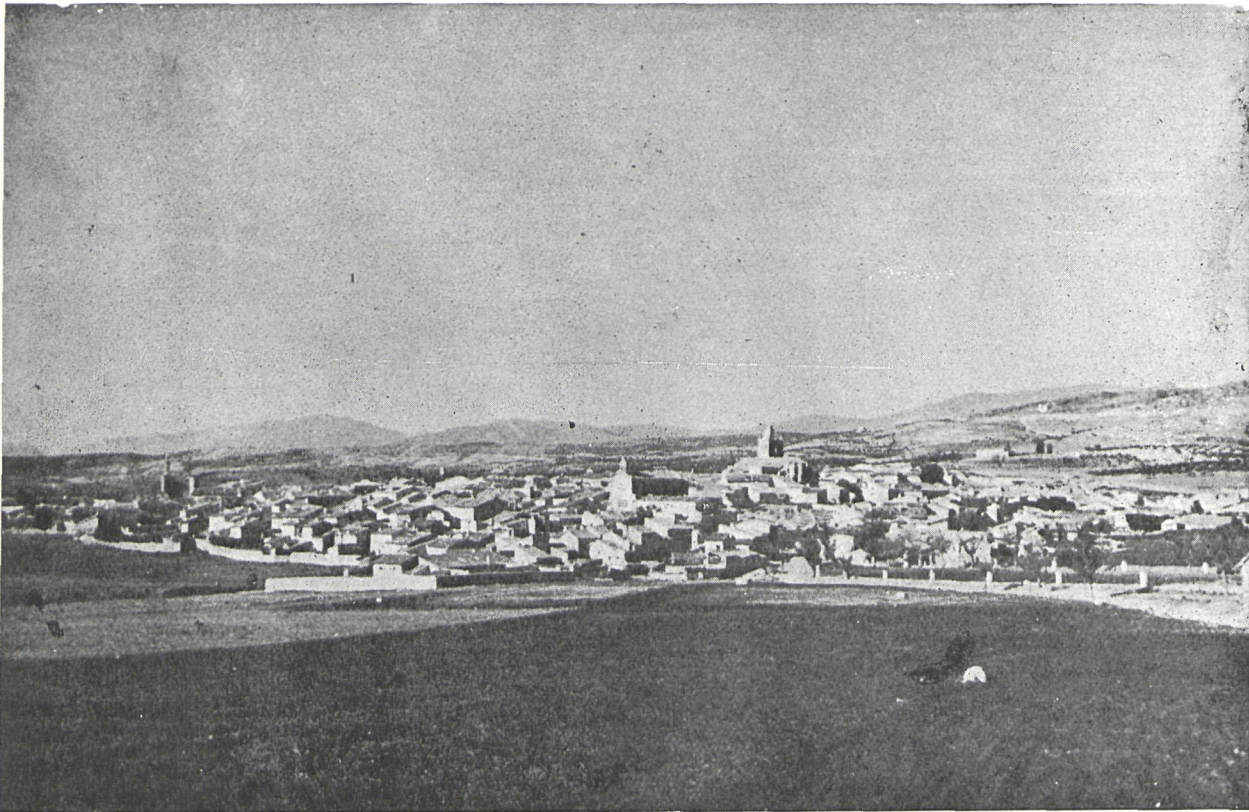


Santa María de la Cabeza y San Isidro.

Iñigo López de Mendoza: «Al pie d'aquesa montaña —la que dicen de Bercosa, —vi guardar muy gran cabaña —de vacas moça fermosa»), Prádena del Rincón y Montejo de la Sierra. Donde hallaremos paz. Un sosiego que no ha podido ser vencido ni siquiera por el oro que dicen que hay en la región, y cuya explotación ha sido abandonada tal vez porque el reposo se quebraría.

Subimos al puerto de la Puebla

(1.700 metros de altura), que se halla a muy corta distancia de Prádena del Rincón. Desde la peña de la Cabra miramos su gran gemela guadarrameña. La falda montañosa se cubre de verdor lozano y vigoroso, y el caserío de los pequeños pueblos se esparce alegre y juguetón entre las laderas. A lo lejos vemos los tres lagos que forman los embalses del Lozoya.



TORRELAGUNA.

Y cuando llegamos a Montejo de la Sierra ha descendido hasta nosotros, casi sin percatarnos de ello, esa tranquilidad que produce siempre un día puro, libre de preocupaciones, que envuelve los sentidos con la bendita fecundidad de los movimientos imprecisos, del divagar o de la contemplación sencilla.

DELICIAS CAMPESTRES

Nor aposentamos en la fonda «La Morena». La cena es buena y sencilla (son recomendables los filetes de cordero), y la habitación, limpia y cuidada. Sacamos la silla baja a la plazuela. Nuestros ojos buscan el lucero de la noche mientras el pensamiento juega con el destino. Luego nos retiramos a dormir. ¡Qué bien se descansa cuando se olvidan los placeres de la vida de la ciudad; cuando renace en nuestra alma la ilusión de no ambicionar riqueza ni poder!

La luz matutina cruza las rendijas del ventanuco. Suena el repicar de las campanas que llaman a misa y nos ataviamos con presteza. Nos espera un día quieto, sosegado y no hay mucho tiempo que perder.

Parte de la mañana la empleamos en adentrarnos en El Chaparral, sitio poblado por hayas —rareza botánica en estas latitudes—, brezos, fresnos y robles más bien que por chaparros, y en cuya espesa vegetación abunda la caza de jabalíes, liebres, zorras y lobos. Y

como el Jarama descende rápido de la montaña en que nace, dando umbría y frescura a este paisaje, podemos aprovechar lo que resta del mediodía, bien en gozar de la quietud campestre, extendidos a lo largo del soto, junto a las márgenes del río, o en pescar, metiéndonos en el lecho fluvial sin temor de perder pie. Al regresar, si nos sobra tiempo, es aconsejable ir a La Hiruela, también aguas abajo del Jarama, pueblecito ganadero y carbonero, donde los peros alcanzan una exquisitez que los hacen muy afamados, y en el que se ve aún la residencia estival de San Túy, fundado por Cisneros para ser ocupada por franciscanos o estudiantes complutenses del Colegio Mayor «San Ildefonso».

GALICIA EN MADRID

Ya en dirección a Somosierra pasamos por una zona —Madarcos, Horcajuelo y Horcajo de la Sierra— que nos hace pensar que estamos enteramente en Galicia, con su olor de heno, con sus montañas suaves cubiertas por la verde cortina de los árboles, con sus pastoriles prados esmaltados por la gota del rocío. Sólo falta la gaita gallega, la que canta dulce y profundo.

VIA DE PENETRACION

Y de nuevo nos hallamos en la carretera general de Francia. Al pasar por Robregordo nos fijamos

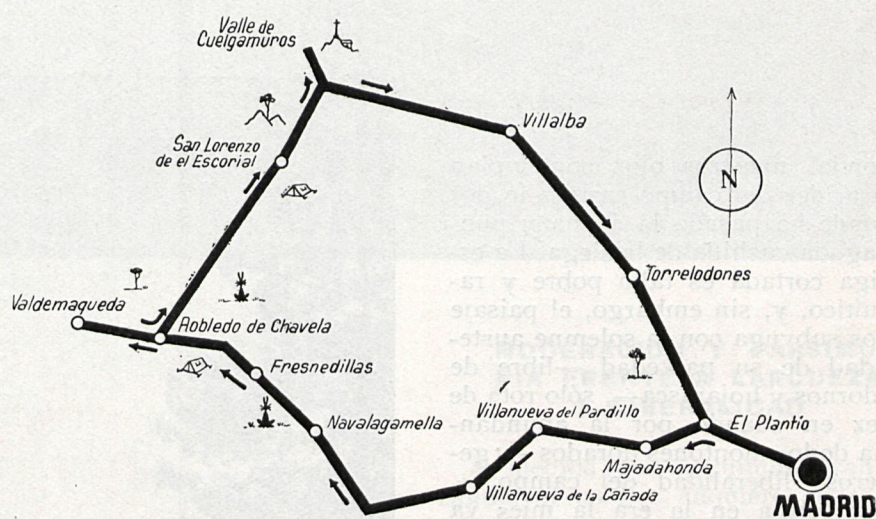
en el túnel del ferrocarril, cuya entrada reproduce fielmente las murallas de la ciudad de Santa Teresa de Jesús. Luego, mientras coronamos el puerto —1.444 metros de altitud—, nos entretenemos en contar las matrículas de los coches. Y las de procedencia extranjera vencen a las nacionales. Lo que no nos causa extrañeza, ya que estamos en la más importante vía de penetración a la España meridional. Por aquí pasó Napoleón, y antes, desde los tiempos más remotos, todos los ejércitos que nos invadieron de Norte a Sur. Y así, en lo alto del puerto, al contemplar la agreste fortaleza, nos damos cuenta de que ya no es seranía de cabreros y pastores, sino paraje donde reluce el relámpago y retumba el trueno bélico. Aún llega hasta nosotros el fragor de la batalla, iniciada en los albores del Alzamiento Nacional, en la que alcanzaron gloriosa y heroica muerte aquellos valerosos jóvenes que integraban un selecto y reducido grupo de combatientes.

Y tras la sobremesa —los restaurantes del contorno tienen fama de buena cocina—, el regreso al hogar. Ya en casa recordaremos con fruición el paisaje ignorado y hallazgo del sosiego y la calma. Placer que prolongaremos en cualquier ocasión al examinar las fotografías que hicimos. Porque es indudable que vacaciones sin una buena cámara fotográfica son vacaciones perdidas.

Testimonio fehaciente de paz = Moderación y parsimonia frente a largueza y liberalidad = Feliz presagio = Trono pétreo = Antesala ecuménica = El segundo templo de la cristiandad = Panteón de reyes e infantes.

Habitaciones reales = Semillero de santidad y ciencia = Roca convertida en mausoleo y en casa de Dios.

Todos conocemos el valor de las palabras y tampoco ignoramos que a veces un buen ejemplo vale más que un sermón. Pues bien; algo de esto ocurre con la ruta de hoy, que no necesita, dada su belleza, del incentivo de la palabra para apreciar y admirar sus virtudes y cualidades. Pero también sabemos que el viajero tiene sus exigencias. Que son muchas las ocasiones en que nos gusta compartir con el amigo el comentario, porque hacer turismo no es sólo limitarse a ver. Por esto, por estimar que el turista necesita cambiar opiniones y contrastar juicios, nos decidimos apostillar el itinerario de Madrid-El Escorial-Valle de los Caídos, con una explicación carente de originalidad, cosa que no puede extrañar a nadie si pensamos que los paisajes «universales» han sido descritos por los privilegiados del pensamiento y que, por tanto, poco o nada nuevo se puede decir sobre ellos. Sin embargo, conviene tener en cuenta que la vulgaridad no es ente despreciable. Que sirve para unir a muchos seres humanos que en la simplicidad y la sencillez encuentran comprensión. Y que la metafísica del paisaje, que el discurrir sutil, es para seres superiores.



Y ahora, a viajar, que es tanto como pasear un sueño, según ha dicho, con incuestionable acierto, persona cuyo nombre se esconde en el anonimato. Un sueño de ilusiones y bellezas. Esperemos que este itinerario —timbrado por la corona de sus excelsos méritos— colme nuestras esperanzas.

Por esto, no vamos a El Escorial por caminos trillados que suelen resultar demasiado prosaicos y que pocas veces animan nuestros propósitos. Vamos (a la postre, y

a fines de llegada, tanto monta uno como otro) por este que recorre sendas nuevas y que ofrece las ventajas propias de toda aurora, entre ellas la de avivar matices, la de encender nuestra mirada con la más bella luz, la luz de la ilusión.

TESTIMONIO FEHACIENTE DE PAZ

Los primeros kilómetros del circuito que iniciamos son aparentemente desoladores. Hasta Majada-